

ÁLVARO DE LAIGLESIA



MÁS
ALLÁ DE TUS
NARICES

«Más allá de tus narices», lector, verás en este libro un escenario. Y en él, dentro de pocos instantes, van a representarse (sin más *descanso* que los que tú desees) cuatro deliciosas comedias. La ventaja del teatro leído sobre el representado es notoria: el espectador que lee, puede detener la acción a su capricho y retroceder cuando se le antoje para paladear de nuevo una escena regocijante o una frase feliz.

Índice de contenido

Cubierta

Más allá de tus narices

Contenido

Amor sin pasaporte

Acto Primero

Acto Segundo

Primer Cuadro

Segundo Cuadro

Tercer Cuadro

Acto Tercero

El escándalo del alma desnuda

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

El drama de la familia invisible

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

El caso de la mujer asesinadita

Acto Primero

Acto Segundo

Acto Tercero

Sobre el autor

*¡Bah! Tanto presumir de seres excepcionales, y
estamos hechos con tejidos de pésima calidad.
¿No han observado ustedes que el baño prolon-
gado de la vida encoge a los ancianos?*

EL AUTOR.

Contenido

«Más allá de tus narices», lector, verás en este libro un escenario. Y en él, dentro de pocos instantes, van a representarse (sin más *descanso* que los que tú desees) cuatro deliciosas comedias. La ventaja del teatro leído sobre el representado es notoria: el espectador que lee, puede detener la acción a su capricho y retroceder cuando se le antoje para paladear de nuevo una escena regocijante o una frase feliz.

A petición del público, Álvaro de Laiglesia ha recogido en este volumen sus obras más significativas pertenecientes a un género que él cultiva con gran acierto: el teatro humorístico. Porque Álvaro de Laiglesia es nuestro humorista actual más completo, y su pluma ha entrado con éxito en todos los campos de la creación literaria: la novela, el cuento, la conferencia, el discurso, la emisión radiofónica, el ensayo, la entrevista polémica, el periodismo, la comedia, el espectáculo musical...

Después de nueve libros que rezuman gracia en todas sus páginas, este nuevo *monstruo de la Naturaleza* dedica el décimo a una selección de su mejor producción teatral. Sus fieles lectores, que desean tener agrupadas en esta colección todas sus numerosas y variadas obras, nos pedían un tomo que contuviese sus comedias fundamentales representadas con éxito en los escenarios españoles y europeos.

He aquí ese tomo, en el que figura un cuarteto de piezas teatrales realmente antológicas. Álvaro de Laiglesia ha

colaborado en algunas ocasiones con dos grandes maestros en el arte de la «carpintería» teatral: Miguel Mihura y Juan Vaszary. La firma de Álvaro de Laiglesia ha aparecido a veces unida a la de estos magníficos autores, de los que aprendió en su juventud la difícil técnica de hacer teatro. Y este magisterio llena de orgullo a Álvaro de Laiglesia, porque no hay nada que prestigie tanto a un discípulo como haber estudiado con los mejores profesores.

He aquí un extracto de las autocríticas publicadas por el autor poco antes del estreno de las obras contenidas en este volumen:

«En **AMOR SIN PASAPORTE** sólo se pretende matar un rato de ocio que usted tenga, procurando que el asesinato resulte divertido. El juguete cómico busca sólo la diversión de quien lo ve. Es un juguete para adultos que ya pasaron la edad de jugar, pero que siguen teniendo edad de reír. Porque la risa es el juguete supremo que Dios ha dado al hombre para que se entretenga en la antesala del mundo mientras espera ser recibido en la eternidad.»

«En **EL ESCÁNDALO DEL ALMA DESNUDA** la risa no surge por el fácil resorte del chiste, sino por la fuerza de la situación que plantea. Esta obra tiene en el fondo su pequeña tesis, porque es reglamentario que todos los frutos lleven dentro su semilla. Pero se mastica sin sentir. Y, como en la uva, la dulzura del fruto cubre el insignificante amargor de la pepita.»

«**EL DRAMA DE LA FAMILIA INVISIBLE** es una comedia que podría ocurrir en cualquier ciudad del mundo. Sus personajes son gente que no tendría ningún interés si no fuera por un drama que surge de pronto al margen de sus vidas. Ni siquiera son ellos los protagonistas de la acción dramática. Perciben solamente su eco distante y fragmentario: una frase incompleta, un sollozo apagado, un caparazón de langosta que cae el suelo...»

«EL CASO DE LA MUJER ASESINADITA, contrariamente a lo que ustedes pueden suponer a juzgar por el título y por las primeras escenas de la obra, no sólo es una comedia seria, atrevida y emocionante, sino que muy bien hubiera podido ser una comedia melodramática, si nosotros no lo hubiéramos impedido tomando las cosas un poco a broma...»

Antes de iniciar la lectura de este libro Álvaro de Laiglesia se despide de usted, lector, con esta frase certera que resume el simpático objetivo que él persigue en toda su labor: «Que usted lo pase bien». Nada más. Y nada menos.

AMOR SIN PASAPORTE

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

ACTO PRIMERO

(Cocina de un departamento lujoso en una casa moderna. Paredes de baldosín blanco. Puerta en la pared del foro, de acceso a un pasillo que conduce al *hall* y al resto del piso. Otra puerta más pequeña en el lateral izquierda, que comunica con la habitación de la cocinera. A la derecha del foro, fregadero con escurrerplatos; a la izquierda, cocina eléctrica. Un armario blanco, destinado a guardar vajilla y cacharros. Una nevera. Una mesa blanca en el centro, con tres sillas alrededor, blancas también.)

(Al levantarse el telón, LILÍ está sola en escena. Sentada junto a la mesa, trabaja en la reparación de un complicado sombrero femenino. Es una mujer joven y muy atractiva. Viste un traje sencillo, bastante usado ya, en el que se adivina, sin embargo, la paternidad de un gran modisto. A su alcance, sobre la mesa, hay unas tijeras, alfileres, carretes de hilo y otros utensilios de costura. Cerca de ella, una silla con varios sombreros de mujer. Unos segundos después se abre la puerta del foro y entra CLARA, una cocinera madura y un poco gruesa. Lleva uniforme negro y delantal de encaje, señal evidente de que hay invitados en casa.)

CLARA.—Como esto siga así, la cena va a resultar lucida. La señorita está más nerviosa que un flan. Ese joven llama por teléfono a cada momento. Y como ella no puede ponerse, porque tiene mucha fiebre, tengo que contestar yo.

LILÍ.—¿Está enferma su señorita?

CLARA.—¡Quiá! Fue el pretexto que le dio al joven, porque va a cenar con otro. Pero el pollo no se conforma. Dice que quiere venir de todos modos, para cuidarla.

LILÍ.—Una prueba de cariño conmovedora.

CLARA.—Desde luego. Pero la conmoción va a ser mucho mayor si viene a cuidar su «enfermedad», y encuentra un único microbio vestido de etiqueta. Es capaz de estrangularla.

LILÍ.—¡Qué horror! ¿Y quién es ese joven?

CLARA.—Su novio, naturalmente. ¿Cree usted que si no lo fuera iba a andar la señorita con tantas contemplaciones? Está muy enamorada.

LILÍ.—Pues ¿quién es el otro que cena hoy aquí?

CLARA.—Un caballero maduro. Porque bien está el amor, pero también hay que vivir.

LILÍ.—Entonces su señorita...

CLARA.—Es una artista. No sé cuáles son las artes que practica, porque nunca la vi actuar. Pero algún talento tendrá para ganar lo que gana.

LILÍ.—¿Y dice que está enamorada del novio que telefonea?

CLARA.—A su modo, sí.

LILÍ.—Pues ¿qué pinta el viejo entonces?

CLARA.—¡Qué torpe es usted! No es que el viejo pinte, pero el viejo paga. Este piso salió de su bolsillo. Y muchas cosas más. El día del cumpleaños de la señorita, por ejemplo, le compró un abrigo de piel que vale quince mil duros.

LILÍ.—¡Caramba! Más que un viejo es una mina.

CLARA.—Y con la ventaja de que no molesta apenas. Sólo viene a cenar una vez por semana. El otro, en cambio, no tiene ni cinco; pero no la deja en paz con sus celos.

LILÍ.—Así es la vida: uno engorda a la gallina, y otro se la come. En fin: ya está listo el sombrero para la primera prueba. He cortado las plumas, cambié de forma la copa y le puse una cinta más discreta. ¿Quiere ponérselo?

CLARA.—Ahora no puedo entretenerme. Tengo que servir la cena. (*Empieza a preparar una bandeja con los entremeses.*) Además, no creo que me guste así tampoco. ¿Qué quiere que haga yo con un sombrero?

LILÍ.—Pues llevarlo en la cabeza, como todo el mundo.

CLARA.—Una cocinera no puede permitirse ese lujo.

LILÍ.—Pero el lujo a usted le saldrá gratis. Los sombreros se los regaló la señorita, y yo no le cobraré nada por las reformas. Es un favor que le hago como vecina. Si quiere, puede corresponder invitándome a cenar de vez en cuando. Tampoco le costará ni un céntimo. Y el portero me ha dicho que su señorita da unas cenas colosales.

CLARA.—Pero no olvide que son cenas para dos. El margen de sobras es muy reducido.

LILÍ.—No se preocupe: yo como poquísimos. Sólo me ilusiona volver a probar platos caros y exquisitos. Aunque sea en dosis de pájaro. Sus sabores me recuerdan mis buenos tiempos, cuando yo era rica y no me privaba de nada... Esta ensaladilla de langosta, por ejemplo. ¿Sabe usted cuántos años hace que no pruebo la langosta?

CLARA.—No. Lo único que sé es que tampoco va a probarla hoy. Sólo traje una muy pequeña, y hay lo justo para la mesa. Volviendo a lo nuestro, la idea que yo tenía era vender todos estos gorros. Por eso le mandé recado con el portero: por si le interesaba comprarlos.

LILÍ.—¿A mí? Yo no tengo ni un real. Soy una pobre refugiada.

CLARA.—Se los daré muy baratos. Usted puede arreglarlos y venderlos por el triple.

LILÍ.—No me explico su resistencia a usar sombrero. Una mujer sin sombrero es una obra incompleta. Como una cafetera sin tapa. Como un cuadro sin marco.

CLARA.—Puede. Pero el cuadro de una simple cocinera no necesita marco de ninguna clase.

LILÍ.—¡Qué gran error! En Hungría, sin ir más lejos, todas las cocineras llevan sombrero.

CLARA.—Pero estamos en España.

LILÍ.—No veo por qué no han de adoptarse las buenas costumbres de otros países. Sobre todo, si no cuestan dinero.

(Suena un timbre.)

CLARA.—Se impacientan. O puede que el joven esté llamando por teléfono otra vez y tenga que ponerme yo.

LILÍ.—¿Por qué no dejan el aparato descolgado? En Hungría es un sistema que nunca falla.

CLARA.—No es mala idea. *(Inicia el mutis. Se oye otro timbre: el de la puerta de la calle.)* ¡Vaya por Dios! También llaman a la puerta. Espero que no será el joven, porque buena se iba a armar.

(Mutis por el foro.)

(Al quedar sola, LILÍ coge un pedazo de langosta del plato de la ensaladilla y se lo come rápidamente. Se oyen fuera voces que se acercan, y a continuación entra CLARA seguida del PORTERO.)

CLARA.—Muy poco oportuno, sí, señor. ¿A quién se le ocurre venir a molestar ahora, cuando estoy agobiada de trabajo?

PORTERO.—No vengo a molestarla a usted, sino a hablar con la señorita. *(Por LILÍ.)*

LILÍ.—¿Conmigo?

(Suena de nuevo el timbre interior, con más impaciencia que antes.)

CLARA.—¡Ya voy, ya voy! *(Hace mutis.)*

PORTERO.—La señorita ha vuelto a dejar la puerta abierta, y la llave en la cerradura.

LILÍ.—¿Sí? Perdóneme. Iré a cerrarla en seguida.

PORTERO.—Ya no hace falta, porque la he cerrado yo.

(Saca del bolsillo una llave y se la entrega.)

LILÍ.—Muchas gracias. Es usted un solete.

PORTERO.—En efecto: soy un solete. Y me gusta ser un solete, no lo niego. Pero ser un solete me va a costar muy caro. Sin permiso de la dueña, consentí que durmiera usted por las noches en el taller. ¿Y quién sería el responsable si algo faltara? Pues un servidor, porque la llave me la entregan a mí cuando cierran después del trabajo.

LILÍ.—No pensaré que voy a robar yo.

PORTERO.—No. Pero es la tercera vez que sale a hacer visitas dejando la puerta de par en par. Y por la escalera sube y baja mucha gente. Suponga que un individuo aprovecha la ocasión, se cuelga en el taller y apechuga con todos los sombreros. ¿Qué le digo yo a la dueña?

LILÍ.—Con los sombreros se puede apechugar aunque la puerta esté cerrada, porque esa cerradura se salta con un soplo. Desde ese punto de vista, le hago un favor a la dueña durmiendo allí: si entrara algún ladrón, defendería los sombreros hasta la muerte. Aunque creo que podré dormir tranquila, porque no me imagino a ningún ladrón robando sombreritos femeninos. Los hombres no valoran esas cosas.

PORTERO.—Pero aparte del robo, hay otros riesgos. La señorita fuma en el taller todas las noches. Y como es tan descuidada, puede provocar un incendio.

LILÍ.—Eso de que fumo todas las noches, es un poco exagerado. Sólo fumo cuando tengo cigarrillos, y ese fenómeno ocurre muy raras veces. ¿Cómo quiere que compre tabaco si casi no gano para cerillas? Pero le prometo que en cuanto mejoren mis disponibilidades, lo primero que haré será alquilar una habitación. Por el alquiler que puedo pagar hoy, sólo encontraría una buhardilla en los suburbios. Y para pagarla, tendría que sacrificar todo lo que gasto en «metros» y autobuses. ¿Y qué

ocurrirá si tengo que ir andando hasta tan lejos? Pues que saldré de trabajar por la tarde, llegaré a mi casa por la noche y tendré que levantarme de madrugada para estar en el taller por la mañana. ¿Cree que merece la pena tomar una habitación para usarla media hora?

CLARA.—(*Entra con una bandeja en la que hay una botella de vermut y algunos aperitivos.*) ¿Qué le dije? Ha llamado otra vez. Y es tan terco, que no quería colgar. Me harté de repetirle que la señorita está muy enferma y necesita dormir. Pero todo fue inútil. Al fin tuve que colgarle yo. (*Coloca la bandeja en la mesa. A LILÍ:*) Si quiere tomarse unas almendras que han sobrado, y un poco de vermut...

LILÍ.—(*Atrayendo con rapidez la bandeja.*) Desde luego. Muchas gracias. (*Empieza a comer.*)

CLARA.—Voy a servirles los entremeses. (*Coloca en la bandeja los platos con los entremeses. Al PORTERO:*) ¿Y usted a qué espera? ¿Pretende entrar también en el reparto de las sobras?

PORTERO.—Vine a darle un recado a la señorita. Pero ya que estoy aquí, tomaré un vasito de vermut.

(*Se sirve vermut en el vaso más grande, llenándolo hasta el borde. CLARA inicia el mutis con la bandeja de los entremeses.*)

LILÍ.—(*Dejando de comer almendras. A CLARA:*) ¡Espere!... ¡Un momento!

CLARA.—¿Qué ocurre?

LILÍ.—Algo terrible. Acabo de acordarme ahora, pero no sé cómo decírselo...

CLARA.—Ya me lo dirá cuando vuelva. Están ya en la mesa, esperando los entremeses.

LILÍ.—De eso se trata justamente: de los entremeses.

CLARA.—¿Qué les pasa? Dígalo de una vez, no me ponga nerviosa.

LILÍ.—Cuando estaba trabajando en su sombrero, se me cayó un alfiler en la ensaladilla de langosta. Lo he buscado por toda la salsa mayonesa, pero no lo encontré.

CLARA.—¡Dios mío!... ¿Cómo es posible que sea tan manazas...? ¿Y qué hago yo ahora?

LILÍ.—Sólo hay una solución: adviértales que coman la ensaladilla con cuidado, para que no se pinchen una víscera.

CLARA.—¡Qué disparate!... ¿Cómo voy a decirles eso?

PORTERO.—Claro que no. Es mejor no mencionar el alfiler. Que corran el albur. Si pasa algo, usted declare que no sabía nada.

CLARA.—¿Se ha vuelto loco? Eso sería criminal. No puedo servirles esto de ninguna manera. (*Furiosa, va a la mesa y deja el plato de la ensaladilla.*) Afortunadamente, mi señorita no tiene apetito; y espero que el señor se conformará con las otras cosas. (*A LILÍ:*) Pero usted, de todos modos, recoja sus malditos alfileres y márchese de aquí.

LILÍ.—No se enfade. Fue sin querer. Además, gracias a eso, podrá comerse usted la ensaladilla de langosta.

CLARA.—En eso estoy pensando. ¿Se imagina que tengo ganas de suicidarme? Prefiero tirarla a la basura. (*Mutis, muy enfadada, con la bandeja.*)

PORTERO.—Tiene razón: vale más que la tiremos para evitar el peligro. (*Coge de la mesa el plato de la ensaladilla.*)

LILÍ.—Déjela, no se preocupe. A mí me gusta el peligro. Yo me la comeré.

PORTERO.—¿No le da miedo el alfiler?

LILÍ.—Tenga en cuenta que he atravesado el telón de acero. Si no me asustaron las bayonetas rusas, ¿cómo voy a sentir miedo de un modesto alfilerito? (*Quita al PORTERO el plato de la ensaladilla, y empieza a comer.*)

PORTERO.—Es una temeridad. Se está jugando la vida.